

Mujer

Señor, te trajó al mundo una mujer; y a mí, también.
Una mujer te dio su pecho, como a mí.
Volvías a los brazos de tu madre, como yo,
cuando intentabas aprender a andar.
Bendita sea la mujer, Señor.

Sus bellas líneas curvas
sembradas en la madre Tierra,
hacen más complaciente la existencia humana
frente a la rigidez severa de la línea recta.

Cuando yo era pequeño,
veía el sol en el sereno rostro de mi madre,
la luna, en sus pupilas.
Mi universo era un sol radiante
y una luna brillante, cómplice de mis caprichos.

Pero desde que soy mayor,
en el sol hay arrugas,
la luna está manchada y rota.

¿Qué hemos hecho, Señor, de la mujer,
que es una obra maestra de tu Padre?
¿Qué hemos hecho obligándola a someterse al hombre?

Hemos roto las curvas
y hemos entronizado la estricta línea recta.
Hemos oscurecido el brillo de la luna
y hemos mermado el fuego al astro rey.

¡Qué lástima, Señor, no haber pisado tus pisadas!
Te siguieron discípulas
que eran estrellas de primera línea.
Valoraste su amor y su talento.
Adivinaste su capacidad de liderazgo.
Admiraste su luz para el misterio
y su potencia misionera.
Las mirabas con otros ojos...

Ellas se dieron cuenta y te lo agradecieron.
Por fin había un sitio, donde podían ser...
¡Qué lástima, Señor,
haber perdido huellas tan radiantes!
¡Qué pena que sigamos tan cegatos!

Que se alcen por el mundo tus sonrisas,
tu perspicacia y tu cariño estimulante,
para que las arrugas del sol desaparezcan
y resplandezca todo el brillo de la luna.

Y que podamos celebrar con el Apóstol:
Se terminó la distinción de hombre y mujer
porque todos sois uno en el Señor Jesús.

Patxi Loidi



مَارِيَا

MARÍA